

Heterodoxo dentro del género fantástico, está por actitud más cerca de otro *hereje* como Michael Moorcock que de señores platas de los anillos o heroicos forzudos con espada. Y abundando el humor del bueno tanto en Mundo-disco como en otras de sus obras, Pratchett en esencia puede estar más cerca de Douglas Adams y su *Guía del autoestopista galáctico* o incluso de unos Monty Python, de los que Adams o Pratchett serían en cierto modo deudores. “Se decía que si los dioses deseaban destruir a alguien, primero lo volvían loco. En realidad, cuando los dioses desean destruir a alguien lo primero que hacen es entregarle el equivalente de un cartucho grueso con una mecha encendida y ‘Acme, Fabricantes de Dimamita’ escrito en un lateral” (*Soul Music*). Socarrón, satiriza hasta el propio género fantástico. Y ya, poniéndonos muy estupendos, se podría calificar a Terry, más allá de géneros, como autor posmoderno: paródico, autorreferente, con guiños culturales. Irónico, sus obras están repletas de notas al pie ¡y notas al pie a la nota al pie!

Pero por muy posmoderno que pintemos a ese tipo atípico, su obra no goza de demasiado reconocimiento en el *establishment* literario, refractario a cantar las virtudes de un *degenerado*, un escritor de-género (y de-éxito, y prolífico), como pueda pasar con Stephen King o le pasó al Gran Maestro Philip K. Dick, obsesionado –con razón– por el hecho de no ser reconocido como escritor sino como escritor de-ciencia-ficción. Pero eso no

El autor británico se atreve a parodiarlo todo: la guerra, el racismo, el ‘rock business’ o la Navidad

obsesiona a Pratchett. Le obsesionan otras cosas: en diciembre del 2007 el escritor anuncia que sufre atrofia cortical posterior, un precursor raro del alzheimer. Un conjuro, un hechizo chungo para el que a día de hoy no hay *protección* y que acabará por impedir a Terry hacer lo que más le pone en esta vida: escribir. |



La mente de Darwin

XAVIER BRU DE SALA

Publicada sin la censura de su familia y en catalán, la autobiografía de Darwin es esencial para conocer una mente lógica y ordenada

Gracias al biólogo y escritor Martí Domínguez, a su ingente y fructífero esfuerzo, el bicentenario de Charles Darwin resulta sumamente útil para el conocimiento. Sin este incansable motor de iniciativas, sin su excepcional capacidad para deleitar instruyendo –presente en el más elevado grado en sus impagables novelas, y asimismo en numerosos artículos, algunos de los cuales conoce el lector de *Cultura/s*–, la escasa bibliografía disponible hasta el momento no se hubiera completado según una vasta y exhaustiva planificación. La revista *Mètode* que dirige y publica en la Universitat de València es un modelo de excelencia, un referente ineludible. Acaba de salir, junto al número sesenta, dedicado al bicentenario darwiniano, la autobiografía original de Darwin.

Se trata de un escrito breve y sin pretensiones, dirigido a su familia, en el que describe su labor y su obra a rasgos esenciales, sin olvidar multitud de detalles significativos. Lo más llamativo es la evolución de sus creencias y convicciones religiosas, que van desde la juvenil aceptación literal sin el menor cuestionamiento de la Biblia hasta su conclusión de que debe “conformarse en permanecer agnóstico”, pasando por la consideración del cristianismo como “doctrina execrable”, pues condena a los no creyentes a un castigo eterno. Un Darwin agnóstico, pero beligerante, a pesar de que consideraba que “no parece

haber más designio en la variabilidad de los seres orgánicos y en la acción de la selección natural que en la dirección del viento”, o que “cuanto más sabemos de las leyes generales de la naturaleza, más increíbles se vuelven los milagros”.

Aun así, lo más interesante, además del tono, tan próximo, es la descripción de su propia mente, que fue cambiando a medida que avanzaba y se afinaba. No fue baladí, por ejemplo, descubrir “hasta qué punto es fácil no percatarse de fenómenos, por evidentes que sean, si no han sido observados previamente por alguien”. Es revelador hasta qué punto aprendió de los propios errores, no sólo para no volver a caer en ellos sino para reformular su método y así evitar caer en otros. Junto a ello, y a pesar de sus confesadas limitaciones, sus “capacidades moderadas”, el éxito se debió a su constancia o, tal como la describe, a “una paciencia sin límites para reflexionar largamente sobre cualquier tema” y a una disposición implacable para “abandonar cualquier hipótesis, por querida que fuera, al punto que los hechos se mostrasen contrarios”. Nada más alejado de la genialidad, más cerca de la humildad.

Lamenta más que nada Darwin su progresiva insensibilidad hacia el goce estético, que le invadió hasta la anulación porque su mente se convirtió en “una máquina de extraer leyes generales”. Aviso para científicos poco humanistas.



El biólogo y escritor Martí Domínguez

ANA JIMÉNEZ